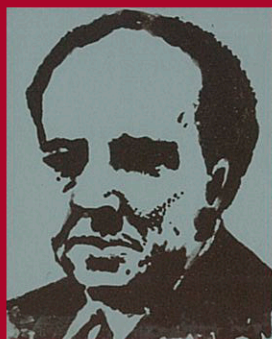


José Luis Cano

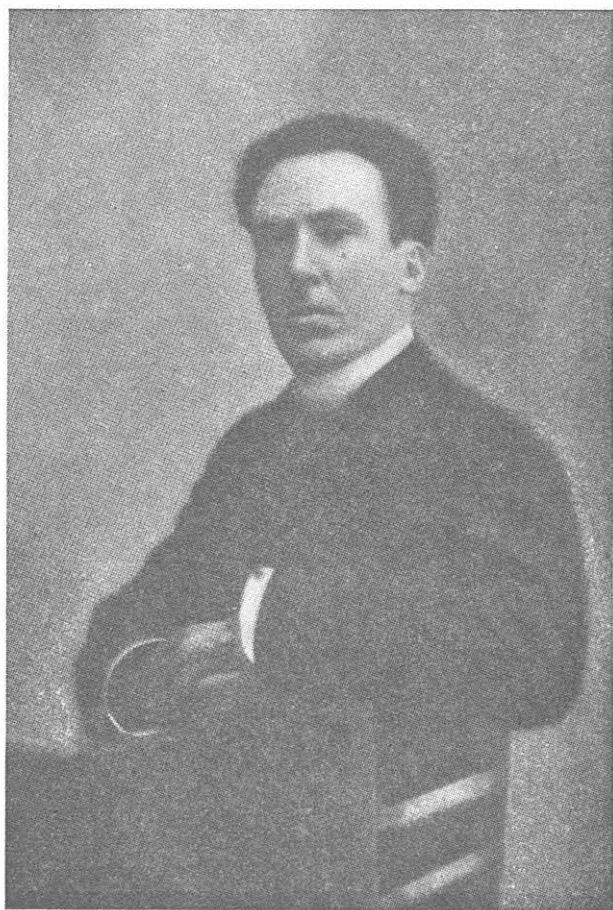


ANTONIO
MACHADO

*su
Vida,
su
Obra*

ANTONIO MACHADO

Su
Vida,
su
Obra



H/8

José Luis Cano



ANTONIO MACHADO

Su
Vida,
su
Obra

HOMENAJE EN EL CENTENARIO
DE SU NACIMIENTO

BIBLIOMEC



079198



COMISION NACIONAL ESPAÑOLA
DE COOPERACION CON LA
UNESCO



R.148.663

© Servicio de Publicaciones del Ministerio
de Educación y Ciencia, 1976.

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia
Imprime: RAYCAR, S. A., Matilde Hernández, 27, Madrid-19
Depósito legal. M. 6.760.—1976
ISBN 84-369-0499-0
Impreso en España - Printed in Spain

I

SU VIDA

INFANCIA Y ESTUDIOS

En 1870 muere en Madrid el lírico más esencial que ha tenido la poesía andaluza, el sevillano Gustavo Adolfo Bécquer. Cinco años más tarde nace en Sevilla otro poeta esencial: Antonio Machado. Con él y con Juan Ramón Jiménez se continúa una línea elegíaca de la poesía española, uno de cuyos brotes primeros nace precisamente en Andalucía: los poetas elegíacos y amorosos de la Andalucía árabe.

En un apunte autobiográfico recuerda Antonio Machado la casa en donde nació: «Nací en Sevilla una noche de julio de 1875 en el célebre palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre.» Hay que aclarar que la familia Machado habitaba una de las casas que formaban parte del palacio, cuyos dueños, los duques de Alba, las tenían alquiladas a familias modestas, como era la de los padres de nuestro poeta. Antonio Machado Alvarez, el padre, era un notable folklorista, que publicó, entre otros libros, una *Colección de cantares flamencos* (1881) y unos *Estudios sobre literatura popular* (1884). Hombre de ideas liberales y aun republicanas, amigo de Joaquín Costa y de don Francisco Giner de los Ríos, se había casado en 1873 con Ana Ruiz, hija de un confitero del barrio sevillano de Triana, y de ese matrimonio nacieron

varios hijos, siendo el segundo de ellos Antonio, quien muchos años después, ya poeta, evocaría a su padre en este soneto:

*Esta luz de Sevilla. Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho —la alta frente,
la breve mosca y el bigote lacio.*

*Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.*

*Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.*

*Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.*

Siempre recordaría Antonio aquella amplia casa sevillana, con su patio y huerto, su fuente dormida, sus árboles —un naranjo, un limonero— y las



macetas de albahaca y yerbabuena que cuidaba con amor su madre. En otra nota autobiográfica de 1913 destinada a una antología poética que había de preparar Azorín, y que nunca se publicó, se refiere Machado a la huella que en su espíritu dejó la arquitectura andaluza de aquella casa llena de luz y de aroma. Y en su poema *Retrato* —que quiere ser, y lo es, un autorretrato y una poética— evoca también aquella casa donde transcurrió su infancia:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de
Sevilla
y un huerto claro donde madura el limo-
nero...*

Estos recuerdos sevillanos, todos ellos de su infancia, quedaron muy grabados en su memoria y dejaron huella reiterada en su poesía, hasta el fin de su vida. El último verso que dejó escrito, y que su hermano José encontró en un bolsillo de su gabán, ya muerto el poeta, recordaría aún «Estos días azules y este sol de mi infancia».

En esos años infantiles aprendió a leer, nos lo confiesa él mismo, en el *Romancero general* que publicó su tío abuelo don Agustín Durán, y que reeditó su padre en la Biblioteca de Tradiciones populares que dirigía. Asistió a un colegio de párvulos dirigido por un señor Sánchez, del que no conservó buen recuerdo, a juzgar por estos versos de uno de sus poemas:

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.*

En cambio, recordaría la alegría de montar en los caballitos, en la feria sevillana, y las candelas que iluminaban el campo de la feria. En un poemita que lleva un lema de Verlaine —*Tournez, tournez, chevaux de bois*— recuerda:

*Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.*

.....
*Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.
En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.
¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!*

De esa alegría y esa luz sevillanas pasó Antonio, en 1883 —tenía entonces ocho años— a Madrid, adonde su familia se trasladó al obtener su abuelo, don Antonio Machado Núñez, una cátedra en la Universidad Central, con el apoyo de don Francisco Giner, fundador de la Institución Libre de Enseñanza. Fue en esa Institución, de carácter privado y de tendencia liberal, donde ingresaron como alumnos Antonio y su hermano Manuel. Antonio no olvidaría nunca su paso por la Institución Libre, y expresó públicamente su gratitud y afecto a sus profesores, especialmente a don Francisco Giner y a don Manuel Bartolomé Cossío. Cuando, en 1917, murió Giner, Machado, que era entonces pro-

fesor de francés en el Instituto de Baeza, escribió un hermoso y emocionado poema a la memoria de Giner, y recordó así, en un artículo, las clases de su maestro: «... Los párvulos aguardábamos jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido, corríamos a él con infantil algazara, y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase... En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo poníamos los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era el socrático, el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos.»

Algo más, y algo importante, debió Machado a la Institución y a sus maestros: el amor al campo, a la Naturaleza. Pues todos los domingos, la Institución organizaba excursiones a los pueblos cercanos a Madrid y a la Sierra de Guadarrama, en-



tonces apenas frecuentada por los excursionistas. Muchos años después confesaría nuestro poeta en un prólogo a *Campos de Castilla* fechado en 1917, que el amor a la Naturaleza era en él infinitamente mayor que el que sentía por el Arte.

Desde entonces, su hermano Manuel, que acabaría siendo también un gran poeta, se convirtió en su compañero inseparable, no sólo de estudios, sino de juegos y lecturas. Con frecuencia se reunía la familia al atardecer en el cuarto de estar de la casa —«el amplio cuarto sombrío / donde yo empecé a soñar», recordará más tarde Machado en un poema— para escuchar al padre o a la abuela, doña Cipriana, lecturas de escritores famosos: novelas de Dickens, dramas de Shakespeare, y sobre todo las rimas y las leyendas de Bécquer, que eran las preferidas de la abuela y del padre. Aquellas lecturas aficionaron a Antonio al autor de las *Rimas*, Gustavo Adolfo Bécquer, que iba a ser desde entonces uno de sus poetas más queridos. En una página de su *Juan de Mairena* confesó así su admiración por Bécquer: «¿Un sevillano Bécquer? Sí, pero a la manera de Velázquez, enjaulador, encantador del tiempo... Alguien ha dicho, con indudable acierto: "Bécquer, un acordeón tocado por un ángel." Conforme: el ángel de la verdadera poesía.»

Pronto nace en Antonio la afición al teatro y una tímida vocación literaria. Sus primeros trabajos en prosa los publica, con seudónimo, en una modesta revista, *La Caricatura*, dirigida por un insigne bohemio, Enrique Paradas, poeta y periodista, que no tardó en arruinarse y con él la revista. Con otros dos amigos, Ricardo Calvo —hijo del actor Rafael Calvo— y Antonio de Zayas, poetas ambos —y el primero futuro actor—, y con su hermano Manuel,

que ya empezaba a escribir versos, formaba Antonio un grupo de inseparables amigos que vivían la dorada bohemia de los años finales del siglo. Los cuatro solían acudir a las representaciones de los autores clásicos del teatro del Siglo de Oro que daban sus ídolos de entonces, que eran los actores Antonio Vico y Rafael Calvo. Asistían también a los tablaos flamencos y a las corridas de toros a las que eran muy aficionados. Y a alguna tertulia literaria, como la del café Fornos. Pero también eran grandes lectores y frecuentaban casi diariamente la Biblioteca Nacional.

Aquellos años felices de bohemia madrileña, de aprendizaje de la vida, no podían durar mucho. Con la muerte del padre, en 1893, y del abuelo en 1896, los ingresos de la familia se redujeron casi a cero, y la situación de la casa llegó a rondar la pobreza. Los dos hermanos deciden entonces trabajar en serio y en 1899 Manuel consigue un puesto de traductor en la Editorial Garnier de París para sus ediciones en castellano con destino a Hispanoamérica. En marzo, Manuel ya está en París trabajando, y tres meses después le sigue Antonio, al que también ofrece el editor Garnier trabajo como traductor. Muchos años después recordaría Antonio Machado ese primer viaje suyo a París en estas líneas: «De Madrid a los veinticuatro años (1899). París era todavía la ciudad del *affaire Dreyfus* en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica. Conocí personalmente a Oscar Wilde y a Jean Mòrèas. La gran figura literaria, el gran consagrado, era Anatole France.»

Antonio y Manuel se hospedaron en el Hotel Medicis —que en otro tiempo habitó Verlaine— de la calle Monsieur le Prince, pero pronto se trasladaron



a un hotel más barato en la pequeña rue Perronet, que debieron elegir por la proximidad al local donde se hallaba instalada la Editorial Garnier. A ese modesto hotel volvería Antonio cuando, en enero de 1911, llegó a París acompañado de Leonor, con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios.

Aunque pasaban muchas horas recorriendo París y las tertulias de los cafés, los dos hermanos, Antonio y Manuel, no olvidaban su obra poética iniciada en Madrid. Manuel escribía los poemas de su primer libro, *Alma*, y Antonio los del primero suyo, *Soledades*, que se publicaría cuatro años después en Madrid. Ambos leían sus poemas al escritor guatemalteco afincado en París Enrique Gómez Carrillo, quien, crítico de gusto, reconoció la valía de aquellos poemas juveniles.

Terminado el verano del último año del siglo, Antonio sintió la nostalgia de Madrid —sus amigos, su familia— y decidió regresar a su casa madrileña. Ni siquiera aguardó a que se inaugurara la Exposición Universal, que se anunciaba aquel año en París como acontecimiento extraordinario. Ya en Madrid, Antonio inicia nuevas amistades: Valle Inclán, Azorín, Villaespesa, Benavente, jóvenes de talento todos ellos que lucharían por el modernismo, impulsados por su admiración a Rubén Darío y por la necesidad de una nueva literatura y un arte nuevo. Rubén era ya el ídolo de los jóvenes poetas españoles, y Antonio era uno de esos jóvenes que admiraban al autor de *Azul y Prosas profanas*. Cuando salen las primeras revistas modernistas españolas —*Electra*, *Revista Ibérica*, *Helios*— Antonio Machado figura entre los colaboradores.

En 1902 tiene lugar un segundo viaje de Antonio a París, que hizo también con su hermano Ma-

nuel y con el actor Ricardo Calvo. Pero esta vez no fue para trabajar como traductor, sino para ocupar un puesto de funcionario en el Consulado de Guatemala en París que le ofreció Enrique Gómez Carrillo, a la sazón cónsul de Guatemala en la capital francesa. Fue en ese segundo viaje a París cuando Antonio conoció a Rubén Darío, a quien le leyó los poemas de su libro inédito *Soledades*. Rubén no ocultó la impresión que aquellos poemas le causaron y los elogió con su adjetivo favorito: « ¡admirable! » Desde entonces mostró siempre Darío admiración y afecto por Antonio Machado, a quien consagraría años después el admirable poema-retrato *Oración por Antonio Machado*, que nuestro poeta colocaría al frente de sus *Poesías Completas*, como prueba de gratitud y homenaje al gran poeta americano.

Esta segunda estancia de Antonio Machado en París fue aún más breve que la primera. En agosto se hallaba de nuevo en Madrid, trabajando en los últimos poemas de *Soledades* y colaborando con su hermano Manuel y con Villaespesa en una versión en verso de *Hernani*, el gran drama romántico de Víctor Hugo que Antonio y Manuel habían visto representar en París, en el pequeño Théâtre d'Art que dirigía Paul Fort. En una página de su cuaderno *Los Complementarios*, fechada el 30 de diciembre de 1924, lo recordó nuestro poeta en esta nota: « Se anuncia el estreno de *Hernani*. La obra fue puesta en verso por Manuel y Antonio Machado y Francisco Villaespesa en 1902. Ha rodado por todas las compañías de verso. Estará llena de desatinos. Se hizo en cuatro días para Felipe Vaz. » Y en efecto, esa versión española de *Hernani* volvió a representarse el 1 de enero de 1925 en el teatro Es-

pañol de Madrid por la compañía de Fernando Díaz de Mendoza.

Entre los nuevos amigos que encuentra Antonio a su regreso a Madrid está Juan Ramón Jiménez, que ya había publicado dos libros muy influidos por el modernismo: *Ninfeas* y *Almas de violeta*. De los jóvenes poetas de entonces fue Antonio Machado el que Juan Ramón admiraría más y con el que trabaría una amistad más firme. Desde muy pronto se dio cuenta Juan Ramón, con su buen gusto innato, de la valía de los poemas de los dos hermanos, Antonio y Manuel. Recordando su regreso de Francia a Madrid en 1902, escribió muchos años después Juan Ramón: «Ya estaban en Madrid los Machado, mayores que nosotros en edad y en todo, firmes sostenes de la poesía nueva.» Manuel había logrado publicar en 1900 su primer libro, *Alma*, saludado con elogio a su aparición por Miguel de Unamuno, en un artículo que se publicó en *El Heraldo de Madrid*. De Antonio sólo se conocían poemas aparecidos en las revistas de entonces, pero era suficiente para que se reconociera en él a un poeta hondo y verdadero. La publicación de *Soledades*, su primer libro, a fines de enero de 1903, vino a confirmar la calidad de la poesía de Antonio. Esta primera edición de *Soledades* apareció formando parte de la Colección de la *Revista Ibérica*, y lleva la siguiente dedicatoria: «A mis queridos amigos Antonio de Zayas y Ricardo Calvo.» Cuando el libro vio la luz, su autor no se hallaba en Madrid, sino en Granada, adonde había sido invitado por Valle Inclán al estreno de su adaptación del drama en verso de Alfred de Musset *Andrea del Sarto*, que la compañía de Ricardo Calvo estrenó el 4 de febrero. Pero a mediados de febrero ya estaba Antonio de regreso en Madrid, y en marzo apa-

recía en el periódico madrileño *El País* una elogiosa reseña del libro firmada por Juan Ramón Jiménez: «Creo que no se ha escrito en mucho tiempo —escribía Juan Ramón— una poesía tan dulce y bella como la de estas cortas composiciones, misteriosa y hondamente dichas con el alma.» Ese artículo afirmó la amistad y mutua admiración de los dos poetas.

Los años 1904 a 1906 significan para Antonio Machado el fin de la dorada bohemia madrileña y el comienzo de una etapa de trabajo literario muy intensa. Colabora con poemas y artículos en las revistas del momento, publica en el diario *El País* un bello artículo sobre el libro *Arias tristes*, de Juan Ramón Jiménez, y otro en *La República de las Letras* sobre Unamuno, con quien inicia desde entonces su amistad y su relación epistolar que se hará muy frecuente en los años de catedrático en Baeza. El ejemplar de *Soledades* que le envía lleva esta dedicatoria: «A don Miguel de Unamuno; al sabio y al poeta, devotamente.»

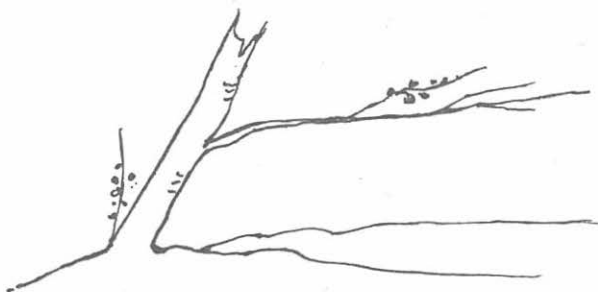
Pero como de poesía no se vive, Machado decidió hacer unas oposiciones a cátedras de Lengua fran-



cesa, de Instituto, aprovechando sus conocimientos del francés. El poeta triunfa en su empeño, y en abril de 1907 es nombrado para ocupar la cátedra de lengua y literatura francesa del Instituto de Soria. Llegó a la vieja ciudad castellana el 4 de mayo para tomar posesión de su cátedra, que desempeñaría durante cinco años. La estancia en Soria dio un nuevo rumbo a su vida, como él mismo confesó en unas líneas autobiográficas: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano.» En efecto, Machado se enamoró de Soria y de sus campos —y un primer reflejo de ese amor se halla en su poema «Orillas del Duero», que escribió en mayo de 1907, y que alcanzó a incluir en su segundo libro, *Soledades. Galerías. Otros poemas*, publicado en el verano de 1907—. Pero también se enamoró por primera vez de una mujer, casi una niña, Leonor Izquierdo, hija de los dueños de la humilde pensión donde el poeta se instaló al llegar a Soria. A pesar de la diferencia de edad —Machado tenía treinta y dos años y Leonor catorce—, la familia de ella aprobó el noviazgo, y dos años después, el 30 de julio de 1909, se celebró la boda en la iglesia Nuestra Señora la Mayor. Los recién casados pasaron el resto del verano en Fuenterrabía, y a fines de septiembre regresaron a Soria. Quizá por primera vez en su vida Antonio conoció la felicidad y tuvo consciencia de ella. El amor a Leonor y la dedicación a la poesía —avanzaba mucho en su nuevo libro, *Campos de Castilla*— endulzaban sus horas y compensaban la monotonía de su tarea de profesor en un Instituto de provincia. Muchos años después, desde Segovia, escribiría a uno de sus corresponsales, don Pedro Chico, que vivía

en la misma casa de Soria donde habitó el poeta: «Vive usted en un pueblo al que profeso un cariño entrañable. Si la felicidad es algo posible y real —lo que a veces pienso— yo la identificaría mentalmente con los años de mi vida en Soria y con el amor de mi mujer, cuyo recuerdo constituye el fondo más sólido de mi espíritu.» Pero esa felicidad, como vamos a ver muy pronto, no iba a durarle mucho tiempo. En diciembre de 1910, la Junta para Ampliación de Estudios, fundada tres años antes bajo la inspiración de su maestro Giner de los Ríos, le concedió una pensión de 250 pesetas mensuales para ampliar estudios de filología francesa en París. Antes de partir, acompañado de su mujer, entregó el manuscrito de su libro *Campos de Castilla* a Gregorio Martínez Sierra, director de la editorial Renacimiento, que le pagó por él la cantidad de 300 pesetas. El matrimonio se instaló en un modesto hotel de la rue Perronet, en el que había vivido ya el poeta en su primer viaje a la capital francesa. Antonio asistió a varios cursos en el Colegio de Francia: los de Bédier, sobre Lengua y Literatura francesa de la Edad Media; A. Meillet, sobre Gramática comparada, y A. Lefranc, sobre Lengua y Literatura francesa moderna. Pero quizá el curso que más le interesó fue el de Henri Bergson, a quien, años después, retrataría así en una página de su Cuaderno *Los Complementarios*: «El aula donde daba su clase era la mayor del Colegio de Francia y estaba siempre rebosante de oyentes. Bergson es un hombre frío, de ojos muy vivos. Su cráneo es muy bello. Su palabra es perfecta, pero no añade nada a su obra escrita. Entre sus oyentes hay muchas mujeres...» Aparte la asistencia a los cursos, y los paseos con Leonor para mostrarle las bellezas de la capital, el poeta no dejaba ociosa su

pluma: trabajaba en una versión en prosa de su poema «La Tierra de Alvargonzález» con destino a la revista *Mundial*, que dirigía en París Rubén Darío, a quien nuestro poeta fue a visitar en su piso de la rue Herschel, donde vivía con su mujer, Francisca Sánchez. Al comenzar el verano, Antonio proyectaba pasar las vacaciones con Leonor en alguna playa de la Bretaña. Pero en la tarde del 13 de julio, víspera de la fiesta nacional francesa, sobrevino, inesperadamente, la tragedia: Leonor sufrió unos vómitos de sangre, una hemotisis. Al día siguiente, el poeta la condujo a un sanatorio de la rue Sant Denis, cuyos médicos hicieron un diagnóstico alarmante: tuberculosis grave, y aconsejaron a Machado que llevara a su mujer a Soria, pues el clima viciado y húmedo de París no era el más adecuado para esa enfermedad. A primeros de septiembre se decide el regreso, y ya en Soria el poeta se convierte en enfermero de su mujer, cuya salud es lo único que le preocupa. Para que tome el aire puro, Antonio la pasea en un cochecito que él mismo empuja, por el camino de El Mirón. El nuevo año, 1912, se inicia con graves presagios para la



salud de Leonor. Su enfermedad se agrava, y al llegar la primavera los médicos no ocultan su pesimismo. El 4 de mayo el poeta escribe su poema «A un olmo seco» y canta en él el milagro de ese viejo olmo «hendido por el rayo / y en su mitad podrido», al que la primavera le ha hecho brotar «algunas hojas verdes». Y termina el poema clamando por «otro milagro de la primavera», que podría ser la curación de Leonor:

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

Pero el ansiado milagro no se produce. Leonor muere el 1 de agosto en brazos del poeta. La muerte de su esposa hunde a Machado en un dolor tan hondo que llegó a pensar en algún momento en el suicidio, según confiesa en una carta a Juan Ramón Jiménez: «Cuando perdí a mi mujer —le escribió desde Baeza— pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro (*Campos de Castilla*) me salvó, y no por vanidad, ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil, no tenía derecho a aniquilarla.» Y en otra carta, ésta a su admirado Unamuno: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu aniquilado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero por sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya... El golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en

mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar...»

Huyendo del paisaje de Soria, la ciudad que fue testigo primero de su dicha, luego de su dolor, Machado pasa el resto del verano en Madrid, donde gestiona un traslado a otro Instituto, y por Real Orden del 15 de octubre se le concede la vacante de la cátedra de francés en el Instituto de Baeza, de la que toma posesión el 1 de noviembre. Pero si el poeta huye de Soria porque Soria sin Leonor sería la más horrible de las soledades —cada piedra, cada camino le harían recordar la felicidad perdida—, siempre llevará en su corazón a la ciudad del Duero y a sus campos amados, ya inseparablemente unidos al recuerdo de Leonor, como sus primeros poemas de Baeza iban a reflejar.

En ese poblachón andaluz y moruno al que llaman —dice el poeta en carta a Unamuno— «la Salamanca andaluza», va a vivir nuestro poeta ocho largos años, en los que, quizá para olvidar su tragedia, se entregó a lecturas filosóficas e inició los estudios de Filosofía y Letras, acudiendo cada año a Madrid para examinarse, sin olvidar por ello su labor poética. En mayo de 1913 escribía a Ortega: «Ya empiezo a trabajar con algún provecho. Desde hace poco empiezo a reponerme de mi honda crisis que me hubiera llevado al aniquilamiento espiritual. La muerte de mi mujer me dejó desgarrado y tan abatido que toda mi obra, apenas esbozada en *Campos de Castilla*, quedó truncada. Como la poesía no puede ser profesión sin degenerar en juglería, yo empleo las infinitas horas del día en este poblachón, en labores varias. He vuelto a mis lecturas filosóficas, únicas de verdad que me apasionan. Leo a Platón, a Leibniz, a Kant, a los grandes

poetas del pensamiento.» Pero la verdad es que también escribía una serie de estremecidos poemas en que el recuerdo de Leonor seguía vivo y punzante.

En esos años de Baeza nos confiesa Machado que sus aficiones son «pasear y leer». Hace, en efecto, algunas excursiones a las fuentes del Guadalquivir y a varios pueblos andaluces. Su paseo preferido era la carretera que llevaba a Ubeda, de la que Baeza dista nueve kilómetros. Solo o con un amigo recorría esos kilómetros, y después de un descanso regresaba a Baeza. Solía también asistir por las tardes a una tertulia, en la rebotica de la farmacia de Almazán, donde hizo algunos amigos, y a la que alude en su «Poema de un día. Meditaciones rurales». Pero a Machado no le gustaba el ambiente chato de Baeza, ciudad casi analfabeta, y en la que no encuentra «un átomo de religiosidad». En una carta de 1913 le escribe a Unamuno: «Aquí no se puede hacer nada. Las gentes de esta tierra... tienen el alma absolutamente impermeable.» Y al comparar Baeza con Soria, añade en la misma carta: «Reconozco la superioridad espiritual de las tierras pobres del Duero. En lo bueno y en lo malo supera aquella gente. Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Arte, varios Colegios de Segunda Enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población...» Y en enero de 1915 le escribe a Juan Ramón Jiménez: «Yo sigo en este poblacho trabajando lo que puedo, pero en verdad deseoso de volver a Madrid. Llevo ocho años de destierro y ya me pesa esta vida provinciana en que acaba uno por devorarse a sí mismo. Muchas veces pienso en abandonar mi cátedra e irme a vivir de la pluma, pero eso sería la miseria

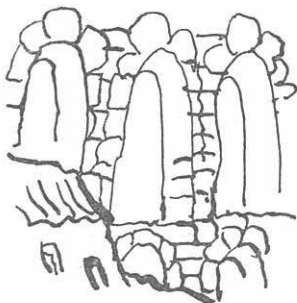
otra vez.» Su ilusión es también ir a Salamanca, al lado de su gran amigo Unamuno, que le ha anunciado una vacante en el Instituto salmantino. Pero la vacante no se produce y aún ha de esperar varios años hasta conseguir el ansiado traslado a otra ciudad.

Los años de Baeza fueron, por otra parte, años fecundos en el alma de Machado, años de preocupación política y religiosa, como reflejan sus cartas a Unamuno y sus poemas. En una carta a don Miguel desde Baeza le dice: «La juventud que hoy quiere intervenir en la política debe, a mi entender, hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y al pan, promover la revolución, no desde arriba, ni desde abajo, sino desde todas partes.» En otras cartas expresa a don Miguel su preocupación por la ausencia de una religiosidad auténtica en España: «Es evidente —le escribe— que el Evangelio no vive en el alma española, al menos no se le ve por ninguna parte.» Quizá fue en 1912, a raíz de la muerte de Leonor, cuando Machado, en ese momento de tremenda soledad, busca a un Dios que le salve de la desesperación y de la nada, agarrándose, como Unamuno, al clavo ardiendo de una fe liberadora de su angustia y su desesperanza. Pero Machado, que buscó siempre «a Dios entre la niebla», como nos dice en un poema de *Soledades*, acabó encontrándolo por caminos propios: el Dios personal de Juan de Mairena y de Abel Martín —sus *complementarios*— que tenía ya poco que ver con el Dios cristiano que buscaba Unamuno. El sentimiento religioso de Machado es fundamentalmente un sentimiento cristiano de Fraternidad. Unamuno y Machado compartían la preocupación por el Cristo —especialmente vivo en el Ma-

chado de los últimos años—, pero esa preocupación ofrece distinta vertiente en uno y en otro, como ha señalado Aurora de Albornoz (1). En Unamuno es el Cristo agonizante, el crucificado, el que le sirve de motivo inspirador de espléndidas páginas, en verso y en prosa. Mientras a Machado le interesa más el Cristo vivo, el que vive y puede seguir viviendo —Cristo hombre— entre los hombres, y salvarlos en vida por el amor: el Cristo que anduvo por el mar, y que puede traerles el reino de la fraternidad. El cristianismo de Machado es, pues, un cristianismo más cercano al de Tolstoy, el cristianismo de las almas fraternas.

En 1919 nuestro poeta consigue por fin un traslado a una ciudad castellana: Segovia, a cuyo Instituto se incorpora como profesor en noviembre de ese año. Su vida en Segovia va a ser quizá tan monótona como la de Baeza, pero con la ventaja de

(1) En su libro *La influencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. Edit. Gredos, Madrid.



la proximidad a Madrid, donde pasa con su familia todos los fines de semana, y vuelve a encontrar a sus viejos amigos: Ricardo Calvo, Antonio de Zayas, Juan Ramón Jiménez... Poco a poco se va aclimatando Machado a la tranquila vida segoviana, y logra un círculo de amigos entre los que se encuentra a gusto: don Blas Zambrano, el escultor Emiliano Barral —que le hará un busto—, sus compañeros del Instituto Manuel Cardenal y Mariano Quintanilla... Con ellos funda la Universidad Popular, en la que dio clases gratuitas de francés y pronunció alguna conferencia. En 1924 publicó un nuevo libro, *Nuevas Canciones*, en el que reunió su labor poética desde 1917. En 1926 aparecieron en la *Revista de Occidente* los primeros poemas de su *Cancionero apócrifo de Abel Martín*, que luego incorporó a sus *Poesías Completas*, y al año siguiente fue elegido miembro de la Real Academia Española, sin que él hubiese hecho el menor intento de presentar su candidatura. Ya por entonces había empezado a escribir teatro en colaboración con su hermano Manuel, y a partir de 1926, en que la Compañía de María Guerrero les estrenan con éxito la obra *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, los dos hermanos seguirán escribiendo y estrenando piezas teatrales, en las que es difícil dilucidar qué parte es de Antonio y cuál de Manuel.

También continúa en Segovia don Antonio la correspondencia con Unamuno. En una carta de 1921 le dice: «Leo cuanto escribe usted en *El Liberal*, tan amargo y verdadero, y, en medio de esta general abyección y cobardía, tan heroico y temerario. Se diría que España entera se ha embrutecido hasta convertirse en piedra y que usted golpea sobre ella como un titán.» Y en otra de 1922: «... Unos cuantos hombres como usted —si ello fue-

se posible— y la España que tan rápidamente se deshace se iría, al par, haciendo, fundiendo en un nuevo molde. Siempre al leerle encuentro consuelo, y pienso que acaso España tiene todavía un porvenir. ¿De dónde saca usted tanta juventud, tanta energía espiritual? Aquí, donde todas las almas se caen, literalmente, a los pies, sólo usted se mantiene enhiesto... Esto quiere decir que no está usted solo, sino que Dios pelea de su parte...»

La opinión que tenía Machado de quienes entonces —1922— gobernaban a España, no podía ser peor. Ese mismo año escribía en su cuaderno *Los Complementarios*: «La actual reacción —muy semejante a la fernandina— es perfectamente explicable si se tiene en cuenta que toda la Europa occidental está hoy en actitud defensiva contra la revolución rusa. No es menos cierto que nuestra posición marca —como siempre— la extrema incomprensión. Seguimos guardando, fieles a nuestras tradiciones, nuestro puesto de furgón de cola. Nuestra bárbara política de Barcelona llamará sobre nosotros la atención del mundo... Ya en el concepto del mundo burgués hemos sustituido a Turquía. El mundo obrero decretará el bloqueo de España. Todo lo sacrificaremos al triunfo de Loyola. Sin embargo, nuestros hombres de izquierda no parecen inquietos. Han puesto de moda un cierto optimismo, una cierta fe en no sabemos qué entidad mítica que ha de renovarnos a nosotros también. Creen o aparentan creer que nuestra regeneración puede operarse por presión externa. Seremos remolcados hacia nuestro porvenir. ¿Y por qué no hundidos como boya inútil?»

Pero la preocupación política no le impedía seguir escribiendo su obra, aunque esos años de Se-

govia son más fecundos en páginas de prosa —crítica, ensayo— que de verso. Continúa llenando los cuadernos de *Los Complementarios* y colaborando en periódicos y revistas de Soria y de Madrid. En el número de septiembre de 1929 la *Revista de Occidente* publica las primeras *Canciones a Guiomar*. No faltaron críticos que vieron en esa Guiomar una musa ideal del poeta, soñada por su fantasía y sin realidad alguna. Pero la publicación, el año 1950, por Concha Espina, de las cartas de amor de Machado a Guiomar (2), aunque lamentablemente mutiladas, vino a demostrar que Guiomar era una mujer real, una musa de carne y hueso. Pero ¿quién era Guiomar, y, por qué Machado usaba ese nombre, tanto en sus cartas como en sus poemas, para designar a su amada, ocultando cuidadosamente su verdadero nombre, hasta el punto de que ni siquiera sus propios hermanos supieron de la existencia de ese amor tardío del poeta? Ciertas alusiones de las cartas aclaran, sin duda, el misterio. Guiomar era una mujer casada. En una de sus cartas habla Machado, en efecto, de «la barrera que ha puesto la suerte entre nosotros», y dice que la culpa de

(2) CONCHA ESPINA: *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*. Madrid, Lifesa, 1950.



todo lo que les separa no es de Guiomar. En todo caso, guardaron los dos celosamente el secreto de unas relaciones que se iniciaron en el verano de 1928, cuando Guiomar (3), para curarse de una depresión nerviosa marchó a Segovia por consejo de su médico, a fin de encontrar en la paz y tranquilidad de aquella vieja ciudad el descanso que necesitaba su espíritu. Guiomar escribía ya versos —y ha seguido escribiéndolos— y era una fervorosa admiradora de Antonio Machado. A los pocos días de llegar a Segovia envió unas líneas al poeta, expresando el deseo de conocerle. Y Machado, caballero galante, acudió en seguida al hotel donde se hospedaba Guiomar —el hotel del Comercio, que todavía existe—, y quedó deslumbrado ante su belleza. Ella le invitó a cenar en el hotel la noche siguiente, y acabada la cena dieron un paseo hasta el Alcázar a la luz de la luna. Así nació una amistad que pronto se trocó en amor por parte del poeta, y que continuó cuando Guiomar, ya curada de su dolencia nerviosa, regresó a su hogar madrileño. En los veranos se veían en los jardines de la Moncloa, ya desaparecidos, y en invierno en un modesto café de barrio, un café apartado y casi solitario donde el camarero les reservaba una mesa y les colocaba cerca una estufa de petróleo en los días de mucho frío. En ese café, que estaba situado en la barriada de Cuatro Caminos, leyó el poeta a Guiomar sus obras de teatro escritas en colaboración con su hermano Manuel, y las *Canciones a Guiomar*, a medida que las iba escribiendo.

Las cartas del poeta nos revelan, sin ninguna duda, que Machado amó apasionadamente a Guiomar:

(3) Respetemos el secreto que ambos quisieron guardar siempre y sigamos llamando Guiomar a la musa del poeta.

«Te amo con todos los sentidos», le escribe en una de ellas. Y en otra: «Lleno estoy de ti, diosa mía. Abrasado me tienes de un fuego del que tú eres inocente sin duda. En él quiero consumirme.» Cuando ella, en una carta, se muestra celosa al enterarse de que el poeta ha tenido un encuentro con otra mujer, Machado le escribe: «A ti y a nadie más a ti, en todos los sentidos — ¡todos! — del amor, puedo yo querer. El secreto es sencillamente que yo no he tenido más amor que éste. Mis otros amores sólo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo la mujer real, la diosa. Cuando ésta llegó, todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí porque la muerte y la piedad lo han consagrado.» Y en otra carta insiste: «En mi corazón no hay más que un amor: el que tengo a mi diosa. Tampoco tu poeta es capaz de acompañar un amor verdadero con caprichos de la sensualidad. Esto es posible cuando el amor no tiene la intensidad que el mío, su hondura, su carácter sagrado.» Y finalmente, esta confesión rotunda: «Porque tu eres, no lo dudes, el gran amor de mi vida.» La lectura de las cartas parecen demostrar que las relaciones entre el poeta y su «diosa» — como solía llamarla Machado — no pasaron nunca de lo que pudiéramos llamar una amistad amorosa, en la que lo espiritual predominaba, resistiéndose siempre Guiomar a caer en «lo demasiado humano». Una carta del poeta lo revela claramente: «Dices en tu carta, diosa mía, que si no me cansaré yo de un cariño con tantas limitaciones. Considero esto muy absurdo, y no pienso siquiera que lo escribas en serio. No, tu cariño es para mí tan esencial que es la razón *sine que non* de mi vida. Está ya por encima de toda eventualidad y a cubierto de todos los ataques. Cuando en amor se renuncia — aunque

sea por necesidad fatal— a lo humano, demasiado humano, o no queda nada —es el caso más frecuente entre hombres y mujeres—, o queda lo indestructible, lo eterno. ¡Ay! Yo no dudo de mí. Pero tú, reina mía, ¿no serás tú la que algún día te canses de este pobre poeta?»

Y sin embargo, ni Machado ni Guiomar se cansaron de ese cariño que arraigó tan hondamente en ambos. Sólo la guerra civil española, al separarlos geográficamente —Guiomar se trasladó con su familia a Portugal poco antes de comenzar la guerra y Machado quedó, como veremos, en zona republicana— pudo acabar con lo que fue la última pasión del poeta.

La proclamación de la República el 14 de abril de 1931 sorprendió a Machado en Segovia. Republicano como su padre y su abuelo, nuestro poeta se adhirió al nuevo régimen, aunque no tuvo ninguna participación política en él. Pero el cambio de régimen tuvo una consecuencia favorable para Machado. Sus amigos, ahora influyentes en el Gobierno, consiguieron su traslado a la cátedra de francés de un nuevo Instituto: el Calderón de la Barca, al que se incorporó en octubre de 1931. Se cierra así el largo período de su vida como sufrido huésped de modestas pensiones provincianas, y se



inicia una nueva etapa familiar, viviendo con su madre, doña Ana, y la familia de su hermano José, en una casa de la calle General Arrando, hoy General Goded. Su vida en Madrid en esos años republicanos fue tan monótona y sencilla como lo había sido en sus retiros provincianos de Soria, Segovia y Baeza: las clases del Instituto, la tertulia de amigos en el café, las tareas literarias... Algo, sin embargo, daba más interés a su nueva vida madrileña: los estrenos de sus obras teatrales escritas en colaboración con su hermano Manuel, y los encuentros con Guiomar que endulzaban su corazón solitario. Diez días después de proclamada la República, el 24 de abril de 1931, estrenaron Antonio y Manuel su quinta comedia, *La prima Fernanda*, que se representó con escaso éxito en el teatro Victoria de Madrid, interpretada por Irene López Heredia y Mariano Asquerino, y al año siguiente, el 26 de marzo, nuevo estreno: *La Duquesa de Benamejí*, en el teatro Español, siendo intérpretes Margarita Xirgú y Alfonso Muñoz, con gran éxito de público y de crítica. La tertulia preferida de Antonio era la del café Varela, donde se reunía con sus hermanos Manuel y Pepe, y con sus viejos amigos Ricardo Calvo, Antonio de Zayas, Ricardo Baroja, el doctor Giménez Encinas. A ella no faltaba nunca Unamuno, cuando aparecía por Madrid.

Su obra literaria va creciendo. En 1933 publica la tercera edición, aumentada, de sus *Poesías Completas*, y al año siguiente comienzan a aparecer, en el *Diario de Madrid*, inspirado por Ortega y dirigido por Fernando Vela, las primeras páginas de su *Juan de Mairena*, donde está lo esencial de su pensamiento filosófico y crítico. El libro no se publicó hasta mayo de 1936, editado por Espasa-Calpe, y apenas si dio tiempo para que esa extraordinaria

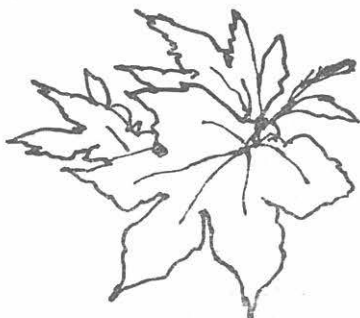
obra, sorprendente en la literatura de esos años, fuese comentada por la crítica. La tragedia se cernía sobre España, y el 18 de julio estallaba la guerra civil al producirse la sublevación de parte del Ejército contra la República. El poeta y su familia siguieron en el piso de General Arrando, donde soportaron toda clase de privaciones. En octubre llegan los primeros fríos y los primeros bombardeos. Pero Machado, que fiel a sus ideas liberales y republicanas se ha adherido a la causa de la República, soporta todo con estoicismo y sigue trabajando. Escribe, entre otras cosas, su hermoso poema «El crimen fue en Granada» como protesta contra el fusilamiento de Federico García Lorca. En noviembre el ejército nacional se acerca a Madrid, y los bombardeos son constantes. El poeta escribe entonces estos versos como homenaje a la capital sitiada:

*¡Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú sonrías con plomo en las entrañas.*

Ese mismo mes, y ante el peligro de la toma de la ciudad por las fuerzas nacionales, Machado fue evacuado, como otros muchos intelectuales y artistas, a Valencia, donde fue alojado en los primeros días en la Casa de la Cultura. Poco después se instaló con su familia en una casa con jardín del pueblecito de Rocafort, cercano a Valencia. Allí pasó todo el año 1937, sintiendo cansancio físico —su salud empeoraba por días— y tristeza en el alma por la crueldad de una guerra que desgarraba a España. Un joven poeta valenciano, Pla y Beltrán, le visitó en aquellos días, y al preguntarle por su hermano Manuel, le contestó Machado: «Es para mí

una tremenda desgracia estar separado de Manuel. El es un gran poeta. El, además de mi hermano, ha sido mi colaborador fiel en una serie de obras teatrales; sin su ánimo, nunca esas obras hubieran sido escritas. La vida es cruel a veces, y excesivamente dura. Mas este dolor nuestro, por profundo que sea, no es nada comparado con tanta catástrofe como va cayendo sobre el pecho de los hombres. Sin embargo, cuando pienso en un posible destierro, en otra tierra que no sea esta atormentada tierra de España, mi corazón se turba y conturba de pesadumbre. Tengo la certeza de que el extranjero sería para mí la muerte...» Su vaticinio fue, desgraciadamente, cierto.

Enfermo y triste, Machado continuaba, a pesar de todo, trabajando. Escribía de noche, y dejaba en la mesa de trabajo sus cuartillas con artículos o poemas, que a la mañana siguiente ponía en limpio su hermano José. Colaboraba con frecuencia en la revista *Hora de España*, en los cuadernos *Madrid* que editaba la Casa de la Cultura, y en las publicaciones y boletines del Servicio Español de Informa-



ción. Con algunos de los poemas y prosas que entonces escribió —entre estas últimas su emocionada «Carta a David Vigodski»— publicó un volumen con el título *La Guerra*, que editó Espasa-Calpe en Madrid, con ilustraciones de José Machado. Fue el último libro que publicó en vida.

La vena poética de Antonio Machado se encendió de nuevo en esos meses de Rocafort, produciendo una serie de emocionados sonetos y canciones. Todo lo que amaba y había perdido, aquello en que soñaba con melancólica nostalgia, volvía a inspirarle entrañables versos. Su luminosa Sevilla infantil, su Soria pura y siempre amada, el recuerdo sagrado de Leonor, el más apasionado de Guiomar, su diosa, cuyo amor presentía acabado con la separación y la tragedia de la guerra: «La guerra dio al amor el tajo fuerte...» dirá el poeta en un admirable soneto dirigido a Guiomar, que ella no pudo recibir.

En abril de 1938, ante el avance del ejército nacional por tierras levantinas, Machado y su familia fueron evacuados a Barcelona, alojándose primero en el Hotel Majestic, luego en un palacete del paseo de San Gervasio, que puso el Gobierno a su disposición. Aunque deshecho físicamente, el vigor de su mente y de su pluma no amenguaba, y allí pudo el poeta reanudar sus colaboraciones para *Hora de España* y *La Vanguardia*. De entonces data su espléndido prólogo a una reedición de *La Corte de los Milagros*, de Valle Inclán. Solía también recibir visitas de escritores —entre ellos Waldo Frank e Ilya Erenburg— y a veces acudían algunos amigos —el profesor Joaquín Xirau, el filólogo Tomás Navarro Tomás, el musicólogo Florentino M. Torner.

El final de la guerra se acercaba. Ante el avance del ejército nacional, que se aproximaba a Barce-

lona, el doctor Puche, director general de Sanidad y médico del poeta, dispuso lo necesario para evacuar a Machado y su familia. El 22 de enero, ya perdida la guerra para la República, se inició el éxodo, que fue largo y doloroso, por el frío intenso y la lluvia que caía implacable sobre la caravana de miles de huidos que trataban de llegar a la frontera francesa. Machado y su familia llegaron a ella en la noche del día 28, acompañados del escritor Corpus Barga, que facilitó los trámites para que pudieran entrar en Francia por Cerbère. Al día siguiente el poeta pudo instalarse con los suyos en un modesto hotel del pueblecito mariner de Colliure, donde iba a pasar sus últimos días. Con el corazón lacerado, más que por su enfermedad, por el dolor de haber perdido a España, Machado apenas salía del hotel. Su hermano José nos ha contado en sus recuerdos (4) la última salida del poeta: «Unos días antes de su muerte me dijo ante el espejo mientras trataba en vano de arreglar sus desordenados cabellos: "Vamos al mar"... Nos encaminamos a la playa. Allí nos sentamos en una de las barcas que reposaban sobre la arena. El sol del mediodía no daba casi calor... Hacía mucho viento, pero él se quitó el sombrero que sujetó con una mano en la rodilla, mientras que con la otra mano reposaba, en una actitud tan suya, sobre la cayada de su bastón. Así permaneció absorto, silencioso ante el constante ir y venir de las olas... Al cabo de un largo rato de contemplación, me dijo señalando a una de las humildes casitas de los pescadores: "Quién pudiera vivir ahí, tras una de esas ventanas, libre ya de toda preocupación..." Después se

(4) *Ultimas soledades del poeta Antonio Machado*. Soria, 1971.

levantó con gran esfuerzo y andando trabajosamente sobre la movediza arena en la que se hundían casi por completo los pies, emprendimos el regreso en el más profundo silencio.» El 18 de febrero empezó a sentirse mal, con una gran angustia en el pecho. Se avisó a un médico, el doctor Cabezón, que diagnosticó una pulmonía y un gran debilitamiento del corazón. El día 22, miércoles de ceniza, entró en coma, y al atardecer su cansado corazón dejó de latir. Tres días después murió su madre, doña Ana, a la que no se había comunicado, para evitarle esa pena, la muerte del poeta.

A la mañana siguiente, 23 de febrero, se efectuó el entierro. El féretro fue llevado en hombros por soldados del vencido ejército de la República hasta el humilde cementerio de Colliure, donde aún yacen sus restos. Pocos días después, su hermano José encontró en un bolsillo del gabán del poeta un trozo de papel arrugado, en el que Machado había escrito su último verso:

Estos días azules y este sol de la infancia.



II

SU OBRA

Antonio Machado sólo empezó a ser conocido como poeta en los primeros años del siglo. Cuando publicó su primer libro, *Soledades*, en enero de 1903, tenía ya veintisiete años y una cultura hecha. Conocía bien a los poetas clásicos y románticos españoles y había leído a los simbolistas franceses, sobre todo a Verlaine. Ese año de su aparición como poeta, 1903, es el año de la revista *Helios*, órgano del joven modernismo español, fundada y dirigida por Juan Ramón Jiménez desde el sanatorio madrileño del Rosario. Es el momento del triunfo pleno del modernismo literario que Rubén Darío había logrado introducir en España con la fuerza de su genio. Pocos, entre los jóvenes poetas españoles de entonces, supieron resistir al hechizo de su poesía brillante, coloreada, musical. Antonio Machado sucumbió también a ese hechizo en un primer momento, que no va más allá de 1902. No hay duda alguna de que Machado fue no sólo muy buen amigo de Rubén, sino gran admirador suyo. Nos quedan testimonios muy claros de esa admiración, tanto en verso —los dos poemas que le consagró, uno de 1904 y otro a su muerte, en 1916— como en prosa. Bastará recordar el prólogo a *Soledades* que escribió en 1917 para su antología *Páginas escogidas*: «Las composiciones de este primer libro —escribe Machado— publicado en ene-

ro de 1903, fueron escritas entre 1899 y 1902. Por aquellos años, Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría. Yo también admiraba al autor de *Prosa profanas*, el maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*.» Los ecos modernistas y rubenianos en el primer Machado fueron ya advertidos por Juan Ramón Jiménez en un artículo (5) y han sido reiteradamente señalados por la crítica. Y que el propio Machado era consciente de ello lo demuestra el hecho de que al preparar, en 1907, la segunda edición aumentada de *Soledades* con el título *Soledades. Galerías. Otros poemas*, eliminó trece poemas del *Soledades* de 1903, precisamente los más contagiados de rasgos modernistas. Aun así, algunos de los poemas modernistas de *Soledades*, como «Preludio», tan rubeniano que parece un poema de Rubén, pasó a la edición aumentada de 1907, y luego a las *Poesías Completas*, como prueba evidente de que la poesía de Machado quedó marcada en un primer momento por el resplandor modernista.

Pero, al igual que Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado procuró muy pronto superar esa influencia modernista y buscar su propio camino poético. En el prólogo a *Soledades* que citamos antes, después de confesar su admiración por la poesía de Darío, añade Machado: «... Pero yo pretendí... seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo

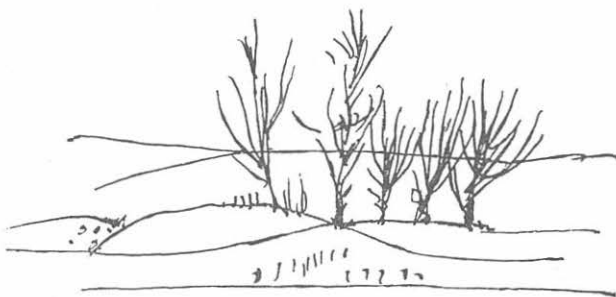
(5) «Historias de España y de Méjico: Un enredador enredado». *La Torre*, n.º 25. Puerto Rico, 1959.

que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta al contacto del mundo.» Cuando Machado habla aquí de valor fónico, de color, de línea y de sensaciones, parece claro que está caracterizando esa mezcla de simbolismo y parnasianismo —más de lo primero que de lo segundo— que supieron asimilar los modernistas y Rubén mejor que nadie. Años después nos diría Machado en una soleá que la poesía era otra cosa:

*Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.*

Definición de la poesía que Machado repetirá una y otra vez, insistiendo en que el elemento temporal es esencial a la lírica.

Hemos visto cómo Antonio Machado se desprende del modernismo muy pronto para buscar su propio camino. Pero ¿cuál fue ese camino? Lo que él mismo llama —al dar ejemplos representativos de los movimientos poéticos— el intimismo. Un intimismo simbolista que consiste en que el poeta mira



hacia su mundo interior, lo que él llama «las galerías del alma», habitadas por sus sueños y quimeras, sus recuerdos, sus esperanzas y soledades: un mundo misterioso y sutil que no puede expresarse con representaciones directas, sino a través de símbolos, de sugerencias, de alusiones. Esas *soledades* de su primer libro son soledades de amor, ausencias de amor. Cuando Machado escoge ese título no está pensando, me parece, en el famoso poema de Góngora —conocida es su escasa simpatía por la poesía barroca del Siglo de Oro— sino, quizá, en el romance de Lope «A mis soledades voy / de mis soledades vengo». No se entenderá bien la poesía de Machado en su primera época si no se ve en ella el fruto melancólico de un corazón solitario, necesitado de compañía amorosa. Cuando en 1909 Leonor le da esa compañía anhelada, su poesía cambia, como veremos; ya no necesitará de símbolos porque las quimeras y los sueños, las esperanzas y soledades, han dejado el alma del poeta, ya colmada de amor.

Una pregunta surge, sin embargo, al contemplar el simbolismo de *Soledades*. ¿Es ese simbolismo imitación o contagio de los simbolistas franceses o creación personal del poeta? El problema de la influencia del simbolismo francés en la poesía de Machado ha sido muy discutido por la crítica (6). Juan Ramón Jiménez, tan unido a Machado en los primeros años del siglo, declaró en varias ocasiones que él

(6) Véanse los trabajos de J. M. AGUIRRE: *Antonio Machado, poeta simbolista*. Edit. Taurus, Madrid, 1973; GEOFREY RIBBANS: *Niebla y soledad. Aspectos de Unamuno y Machado*. Edit. Gredos, Madrid, 1971; RAFAEL FERRERES, en su edición de *Soledades*. Edit. Taurus, Madrid, 1967, y en *Verlaine y los modernistas españoles*. Edit. Gredos, Madrid, 1975.

y Antonio se sabían de memoria la antología de Verlaine *Choix de poèmes*. Hay, en efecto, algunos ecos verlainianos en *Soledades*, pero son escasos y puramente epidérmicos: algunos temas —el parque vacío, la fuente...—, algunas melodías, las «flautas de Verlaine», que el propio Machado decía haber oído en el verso de Juan Ramón Jiménez. Y es que el autor de *Soledades* no necesitó, como tampoco Juan Ramón, seguir a los simbolistas franceses para iniciar su propio camino simbolista. La tradición simbolista española, que arranca del Cancionero popular anónimo y alcanza en el siglo XIX su expresión más lograda con Gustavo Adolfo Bécquer, permitió tanto a Juan Ramón como a Antonio Machado contrarrestar la influencia modernista y buscar la vía simbolista con acento personal. El becquerianismo de Machado ha sido señalado con frecuencia por los críticos. Los sueños y quimeras de Machado, sus misteriosas sombras aladas, vaborosas imágenes femeninas, tienen su antecedente en las rimas de Bécquer. Y al igual que Bécquer, Machado siente predilección por la rima asonante, la rima pobre, como la llama en esta copla:

*Prefiero la rima pobre,
la asonancia indefinida.
Cuando nada cuenta el canto
acaso huelga la rima.*

Como la de Bécquer, la poesía de Machado se apoya en gran parte en ese misterioso trasmundo del sueño, que tiñe de estremecido temblor y de mágico palpar muchos versos de ambos poetas. Y para Machado, como para Bécquer, el mundo del sueño y el de la realidad son intercambiables y las más de las veces se confunden. El sueño tiene para ellos

tanta realidad como la realidad misma, y es a veces la más honda, la única realidad. Y al contrario, las cosas reales parecen soñadas, como el recuerdo de un sueño. ¿Qué es vivir?, se pregunta Machado en el prólogo a *Campos de Castilla*. Y se contesta: «Soñar nuestro sueño.» Pero mientras los sueños de Bécquer chisporrotean como ascuas, exaltando su imaginación e invadiendo su mente, de tal modo que ya no sabe cómo desprenderse de ellos, porque la misma poesía no basta a darles forma, los sueños de Machado son los sueños del alma, los sueños de la ilusión y del recuerdo, que acariciaban su corazón y alejaban sus penas. El soñar en Machado es como un modo de ser, como la forma de su esencial melancolía.

En *Soledades*, sobre todo en la sección titulada «Del camino», que con razón destacó Juan Ramón Jiménez en su crítica del libro, alcanza ya Antonio Machado su voz personal, la expresión desnuda de esa «honda palpitación del espíritu» que para nuestro poeta era la poesía, «lo que pone el alma al contacto del mundo». El Machado intimista y simbolista está ya en esos poemas, con sus temas y



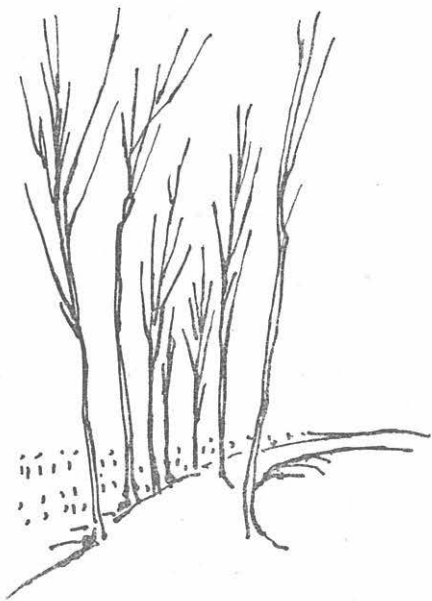
símbolos preferidos: la tarde, el sueño, el camino, la fuente, el recuerdo, la soledad, el misterio... Desde el comienzo fue su poesía un intento de penetrar en el misterio, dialogando consigo mismo y con la Naturaleza, escuchando las voces y palpando los latidos de ese misterio. Como el mismo Machado escribió en un poema:

*El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto.*

(LXI)

Esta indagación del misterio humano, escuchando «la voz viva, no los ecos inertes», logra una mayor hondura e intensidad en la edición aumentada de *Soledades*, que tituló *Soledades. Galerías. Otros poemas*, publicada en 1907, cuando Machado tenía treinta y dos años. La simbología se hace más rica y compleja, y al mismo tiempo la expresión alcanza una mayor pureza y desnudez, eliminando cada vez más los contagios modernistas. Pero todavía en un poema del nuevo libro, el número XIII («Hacia un ocaso radiante...»), los rasgos modernistas y simbolistas conviven con natural fluidez. Poema clave, no sólo porque marca el momento de máxima oscilación en Machado entre la vía modernista y la simbolista, sino porque es una síntesis quizá involuntaria de la cosmovisión poética de Antonio Machado —la contemplación del mundo desde un sentimiento de tristeza, de melancólica soledad, de angustia—, y porque en él aparecen ya los símbolos más queridos del poeta: la tarde = lo que muere; el ca-

mino = el camino de la vida; la fuente = el tiempo que pasa irreversible, y también la monotonía de la vida; el agua que pasa = el tiempo que pasa; y finalmente dos viejos símbolos que Machado heredó de Jorge Manrique, su poeta preferido: el mar = la muerte, y el río = la vida. Pero, además, ese poema nos muestra también la estructura espacio-tiempo que va a dominar en casi todos los poemas de su primera época: un espacio abierto en la tarde. Aunque ese espacio no es un espacio estático, sino temporal; dicho de otro modo, al ser la vida un caminar hacia la muerte —recordemos el verso de Manrique: «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir»—, el espacio se convierte en tiempo, el camino hacia el



campo en camino hacia la muerte. Machado nos dice ya en este poema que la vida es tiempo que pesa sobre nosotros, y por tanto es angustia:

*Yo caminaba cansado,
sintiendo la vieja angustia que hace el cora-
zón pesado.*

DEL INTIMISMO AL REALISMO DESCRIPTIVO

Si el intimismo simbolista va a dominar en *Soledades* y en *Soledades. Galerías. Otros poemas*, con su poesía vertida hacia adentro, tejida en gran parte de sueños y recuerdos —galerías del alma, fanales misteriosamente iluminados por ellos—, poco a poco irá adquiriendo Machado una nueva conciencia de lo que debe ser la tarea del poeta y el objetivo de la poesía. A partir de su llegada a Soria, la poesía de Machado experimenta una evolución del intimismo al realismo, un proceso de objetivación de la realidad. La mirada del poeta se va desplazando de su mundo interior a la realidad de fuera. Es el camino que le lleva de *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907) a *Campos de Castilla*. Pero hay que advertir que esa evolución del pensamiento poético de Machado se percibe ya en textos anteriores a 1907, fecha de *Soledades. Galerías. Otros poemas*. Por ejemplo, en la reseña que hace del libro *Arias tristes*, de Juan Ramón Jiménez, publicada en el periódico *El País* en marzo de 1904, y en la que escribe: «Porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo. Y he añadido: ¿no seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?» Y en una car-

ta a Unamuno del mismo año insiste en la misma idea: «... pero hoy, después de haber meditado mucho, he llegado a una afirmación: todos nuestros esfuerzos deben tender hacia la luz, hacia la conciencia. He aquí el pensamiento que debía unirnos a todos. Usted, con golpes de maza, ha roto, no cabe duda, la espesa costra de nuestra vanidad, de nuestra somnolencia. Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y hoy digo: Es verdad, hay que soñar despierto. No debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor que sea estéril para los demás». Este rechazo de la autocontemplación narcisista, tan acusada en Juan Ramón Jiménez, le lleva a mirar hacia fuera, buscando imágenes y sueños reales, pero sobre todo un paisaje no soñado, sino real: el paisaje de Soria, el paisaje castellano. La estancia en Soria fue decisiva, como ya apunté antes, para ese desplazamiento de la mirada del poeta. Nos lo confiesa el propio Machado en la nota sobre *Campos de Castilla* que incluyó en su prólogo a la edición de *Páginas escogidas* que publicó Calleja en 1917: «Cinco años en la tierra de Soria —escribe—, hoy para mí sagrada —allí me casé, allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano.» En efecto, el contacto diario con la tierra y el paisaje de Castilla le lleva no sólo a cantarlos con emoción, sino a preocuparse por sus problemas, preocupación que comparte con los demás escritores del 98. Su poesía se hace entonces descriptiva y realista, deteniéndose en describir el campo de Castilla con minuciosidad y precisión, quizá por influencia de Azorín. Machado no dejó de

referirse a esa evolución de su lírica, de la que tuvo plena conciencia. En el prólogo antes citado alude a su tendencia a una poesía más objetiva, incluso épica: «Pensé que la misión del poeta es inventar nuevos poemas de lo eterno humano, historias animadas que, siendo suyas, viviesen, no obstante, por sí mismas. Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo Romancero. A ese propósito responde *La Tierra de Alvar González*.» Pero la experiencia no debió de satisfacerle mucho, puesto que no volvió a intentarla nunca.

La evolución hacia una poesía menos subjetiva, más abierta a las realidades de fuera, se muestra también en su inclinación a cantar los temas de la patria: los problemas y el destino de España. Aludiendo a esa temática, que arranca de *Campos de Castilla*, escribe Machado en su prólogo de 1917 a *Páginas escogidas*: «A una preocupación patriótica responden muchas de sus composiciones; otras, al simple amor de la Naturaleza, que en mí supera infinitamente al del arte.» Entre esos temas figuran algunos que son preocupación común de la generación del 98, como el de la decadencia de España y la ruina de sus viejas ciudades —por ejemplo en *Campos de Soria*—, o el tema de Caín, de la envidia española, que quizá hereda de Unamuno. Como Unamuno, Machado vio pronto en las tierras de España la «sombra errante de Caín»:

... un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

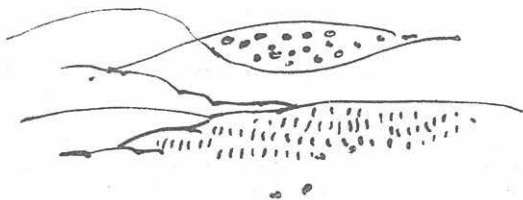
Y en otros poemas —algunos tan representativos como *El mañana efímero*— nos da Machado una imagen de la España inferior, dormida, mirando

siempre hacia el pasado. Frente a esa España rutinaria y soñolienta, Machado canta a una España posible en el futuro:

*Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.*

El drama de España, la lucha entre la España que muere y la que nace, sangra en algunos de los poemas que Machado incluye en la serie de sus *Elogios*, última parte de *Campos de Castilla*, sobre todo en el poema homenaje al libro *Castilla*, de Azorín. Hay en este poema, junto a una hermosa evocación nostálgica de Castilla y su paisaje, una afirmación de fe en el futuro de España, sentida y escrita desde la andaluza Baeza:

*¡Oh tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se
muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bos-
teza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora.*



La mayor parte de los poemas *Campos de Castilla* están escritos en Soria de 1906 a 1912, pero muchos otros están fechados en Baeza, pues Machado continuó escribiendo en esta ciudad una serie muy nutrida de poemas que fue incorporando a las sucesivas ediciones de sus *Poesías Completas*, donde, bajo el título *Campos de Castilla*, figuran las fechas 1907-1917. La línea divisoria entre poemas castellanos y andaluces la marca el poema *Recuerdos*, fechado en el tren, en abril de 1913, camino de Baeza. Es un entrañable adiós a su amada tierra soriana:

*¡Adiós, tierra de Soria; adiós al alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de enci-
nares!*

*En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreve.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.*

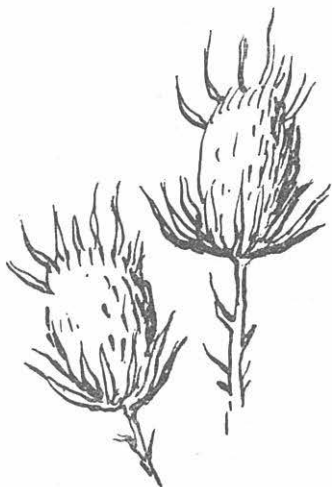
De Baeza son también los conmovedores poemas en que recuerda a Leonor, teniendo siempre como fondo Soria y sus campos. Es curioso que mientras vivió Leonor, no supo o no quiso cantarla. Pero, una vez muerta, la evocará hondamente en sus versos, en un tono de resignada melancolía. Ciertamente es que como el propio Machado dice en una copla: «Se canta lo que se pierde.» Poco a poco, sin embargo, el recuerdo de Leonor se hará más tenue, y otras preocupaciones —el tema de España, las «meditaciones rurales», la inquietud filosófica— van invadiendo su poesía. Escribe entonces una serie de breves poemas que luego reunió bajo el título

Proverbios y cantares, en los que junto a la copla popular y sentenciosa encontramos el poemilla filosófico de expresión muy concisa, cruzado a veces por una veta irónica y burlona, muy lejos ya de la poesía lírica, intimista y angustiada de su primera época. ¿Por qué este cambio de una lírica intimista y temporal a una poesía filosófica y abstracta? Quizá es consecuencia de la honda crisis espiritual que sufrió Machado en Baeza, que le llevó a querer expresar en verso sus meditaciones y preocupaciones filosóficas. El resultado fueron los *Proverbios y cantares* que dedicó a Ortega al incluirlos en su nuevo libro *Nuevas canciones* (1924), al mismo tiempo que escribía las prosas meditativas y filosóficas de su *Juan de Mairena*. Una nueva veta parece dominar en los *Proverbios y cantares*: el poeta escéptico, amargo, desilusionado y hasta sofista, que contrasta con la poesía esperanzada y melancólica de *Soledades* y con la más objetiva y serena de *Campos de Castilla*. Lo curioso es que Machado, que tanto defendió y aconsejó la poesía temporalista, el latido temporal en el poema —recordemos su definición: la poesía es la palabra esencial en el tiempo, o el diálogo del hombre con su tiempo— contradice esta concepción de la lírica en los *Proverbios y cantares*, donde no encontramos temporalismo alguno. Algunos críticos —Dámaso Alonso, por ejemplo— han sostenido la tesis de que el aprendiz de filósofo perjudicó al poeta lírico que había en Machado, que ya no cuajó otro libro de la calidad extraordinaria de *Soledades* y *Campos de Castilla*. En todo caso, esos breves poemillas, de denso e incisivo pensamiento, no deben desdeñarse en la obra de Machado, y constituyen el contrapunto filosófico y meditativo al lirismo intimista de la primera época.

A partir de su estancia en Segovia (1919-1931) escribe Machado poca poesía y su labor creadora se consagra más intensamente a la prosa y al teatro. Esta relativa sequedad lírica continúa en los años republicanos, ya instalado en Madrid (1931-1936), y sólo el desgarrón trágico de la guerra civil viene a encender de nuevo la veta lírica y aún épica de Antonio Machado. En el pueblecito de Rocafort, donde pasó parte de la guerra, escribió una serie de hermosos sonetos y algunas bellas canciones, que coronan luminosa y estremecidamente una obra poética que es gloria y honor de la poesía española.

DESTINO PÓSTUMO DE LA POESÍA DE MACHADO

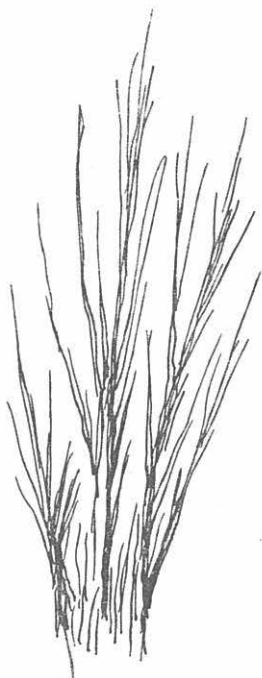
Terminada la guerra civil, que se lleva a tres de los más grandes poetas españoles de nuestro tiempo: Unamuno, Machado, García Lorca, la fama del



autor de *Campos de Castilla* va a experimentar un fulgurante crecimiento. Los años de posguerra vieron aumentar su prestigio, que alcanza quizá su cota máxima en la década de los cincuenta. Fue la generación poética de 1936 —principalmente el grupo de poetas formado por Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco y Dionisio Ridruejo, apoyados por ensayistas afines como Pedro Laín y José Luis Aranguren— quien tomó sobre sí la tarea de realizar en España, por primera vez después de la guerra civil, un gran homenaje a Machado que cuajó en el espléndido número que le consagró la revista madrileña *Cuadernos Hispanoamericanos*, y que se publicó en 1949. Por su parte, los poetas de la España peregrina, la mayoría de ellos exiliados en Méjico, comenzaron muy pronto a honrar la memoria de Machado y a exaltar y difundir su obra. Bastará citar la edición de *Obras* de Antonio Machado que publicó en 1940 la Editorial Séneca con prólogo de José Bergamín, y el número homenaje de la *Revista Hispánica Moderna*, de Nueva York (enero-diciembre de 1949), con un importante estudio de Gabriel Pradal-Rodríguez sobre la vida y la muerte del poeta. Pero la generación del 36 no fue la única que exaltó a Machado tras la guerra civil. Los poetas que vinieron después, sobre todo los de la llamada generación del 50, vuelven los ojos a Machado y hacen de él uno de sus maestros, su dios poético preferido, viendo en su figura moral y en su obra un ejemplo y un símbolo.

En 1975, en que se cumple el primer centenario del nacimiento de Antonio Machado, el mundo entero ha rendido a su memoria y a su gloria el homenaje que merece, y los estudios machadianos han cobrado un nuevo impulso, tanto en España como

fuera de ella. Su bibliografía ha crecido considerablemente en los últimos años, y hoy es uno de los poetas españoles más estudiados y leídos. Su nombre está ya inscrito para siempre en la lista de honor de los más grandes de la poesía española, junto a Jorge Manrique y Garcilaso, Lope y Quevedo, Góngora y San Juan de la Cruz, Bécquer, Unamuno y Juan Ramón Jiménez.



BIBLIOGRAFIA DE ANTONIO MACHADO

POESIA:

Soledades. Madrid, 1903.

Soledades. Galerías. Otros poemas. Madrid, 1907.

Campos de Castilla. Madrid, 1912.

Nuevas Canciones. Madrid, 1924.

Poesías completas. Madrid, 1917.

Páginas escogidas. Madrid, 1917.

PROSA:

Juan de Mairena. Madrid, 1936.

Los Complementarios. Madrid, 1971.

PROSA Y VERSO:

La guerra. Madrid, 1937.

Abel Martín. Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias. Buenos Aires, 1943.

Prosas y poesías olvidadas. París, 1964.

Obras. Poesía y prosa. Buenos Aires, 1964.

